

Sindicalismo y huelga

Sindicalismo revolucionario francés e italiano. Su introducción en España

Pere Gabriel

1. La idea de la huelga general

Desde un primer momento, la idea de la huelga general acompañó la evolución del movimiento obrero a lo largo del siglo XIX. Ya en 1894, Sidney y Beatrice Webb, y posteriormente, hacia 1911, Alexandre Zévaès, recordaron cómo en Inglaterra, en 1833-1834, la Society for Promoting National Regeneration y la Grand National Consolidated Trade Union, impulsadas por Owen y los owenistas, reivindicaron la jornada de las ocho horas y amenazaron con provocar una huelga general de todos los oficios y corporaciones, la Grand National Holiday ¹. La argumentación partía, fundamentalmente, de dos consideraciones. Por un lado, se afirmaba la posibilidad de que todos los trabajadores podían dejar de trabajar en un momento dado y de forma más o menos simultánea. Por el otro, se magnificaba la importancia, decisiva, del trabajo de los obreros en el nuevo capitalismo industrial. Incidían, sin duda, en el razonamiento, la difusión de unas primeras teorías del valor trabajo (el trabajo era la fuente de todas las riquezas y debía ser atribuido, justamente, al esfuerzo de los trabajadores), así como la popularización de la famosa *Parábola* que en 1819 había publicado Saint-Simon:

¹ Cf. WEEBB, S. y B.: *Historia del sindicalismo, 1666-1920*. Madrid, 1990, cap. 3. La primera edición original, *The History of Trade Unionism*, se publicó en Londres en 1894. Cf., por otra parte, ZÉVAÈS, A.: *Le syndicalisme contemporain*. París, s. f., anexo VIII.

Supongamos que Francia pierde... sus cincuenta primeros físicos, sus cincuenta primeros químicos... sus cincuenta primeros tipógrafos, sus cincuenta primeros grabadores, sus cincuenta primeros orfebres y otros trabajadores del metal, sus cincuenta primeros albañiles... Estos hombres son los productores más necesarios para Francia, son los que suministran los bienes y artículos más importantes, los que dirigen los trabajos más útiles... 2.

La huelga general iba a plantearse en relación a cuatro grandes objetivos, a menudo superpuestos. Podía ser vista como un instrumento abocado a la consecución de una reivindicación específicamente laboral de los obreros. En otros casos, con un significado más político y amplio, el llamamiento a la huelga general podía dirigirse a la obtención de alguna reivindicación política importante y, de pasada, significar, al menos, una demostración de fuerza obrera. En tercer lugar, la huelga general parecía ser un buen medio para presionar a los gobiernos y los Estados e impedir las guerras. En fin, la huelga general podía ser concebida como desencadenante fundamental de la revolución social. No es difícil encontrar ejemplos en una u otra dirección a lo largo del siglo XIX.

En el congreso de Bruselas de la Primera Internacional, en septiembre de 1868, los delegados consideraron que las clases obreras (*sometidas casi exclusivamente al servicio militar*) podían oponer a las guerras *un medio práctico legal e inmediatamente realizable: el cuerpo social no podría vivir si la producción se detuviera durante algún tiempo... basta, pues, con que los productores dejen de producir para que se hagan imposibles las empresas de los gobiernos personales y despóticos*. Finalmente, el congreso recomendaba que los trabajadores dejaran *todo trabajo cuando llegue a estallar una guerra en sus respectivos países*³. En la Primera Internacional fueron los belgas quienes más desarrollaron ideas sobre la huelga general, entendida como un modo básico de llegar a la revolución social. Así, para *L'Internationale* de Bruselas, en marzo de 1869:

... lorsque les grèves s'étendent, se communiquent de proche en proche, c'est qu'elles sont bien près de devenir une grève générale; et une grève générale, avec les idées d'affranchissement qui regnent aujourd'hui dans le prolétariat, ne peut aboutir qu'à un grand cataclysme qui ferait faire peau neuve à la société⁴.

2 CL, por ejemplo, la versión dada por DESANTI, D.: *Los socialistas utópicos*. Barcelona, 1973, pp. 110 Yss.

³ FREYMOND, I.: *La Primera Internacional*, vol. I. Madrid, 1973, pp. 564-565.

⁴ Citado por BRÉCY, R.: *La grève générale en France*. París, 1969, p. 14. *L'Internationale*, Bruselas, 27 marzo 1969, "Nouvelles de l'extérieur".

Los ejemplos podrían multiplicarse. En especial, después de la Comuna insistirían en ello muchos exiliados *communards*, así como sectores importantes del bakuninismo hispánico, aunque para éste, en 1873, después de la insurrección de Alcoy, la huelga general revolucionaria apareciese muy explícitamente como un objetivo a largo plazo⁵.

Años más tarde, en Estados Unidos retomaron la vieja idea de unir la huelga general a la reivindicación de las ocho horas, surgida, como se ha dicho, en 1833-1834 en Inglaterra. El IV Congreso de la *American Federation of Labor*, reunido en Chicago en noviembre de 1884, lanzó la consigna de la huelga universal para hacer efectiva la lucha por la jornada de las ocho horas, fijando, como es conocido, la fecha del 1 de mayo de 1886 como el día que debía inaugurar la aplicación generalizada de dicha jornada⁶.

En cualquier caso, fue a finales del siglo y desde Francia, cuando la idea de la huelga general iba a alcanzar una mayor y más intensa resonancia. Entonces, un primer apóstol fue el ebanista anarcosindicalista Joseph Tortelier, quien, de forma machacona, propagó la consigna a partir de 1887. Pronto la cuestión pasó a ser discutida en todos los congresos sindicales y socialistas importantes y se convirtió en uno de los principales ejes de diferenciación de estrategias y configuraciones políticas del movimiento obrero organizado. En una primera etapa, y hasta la constitución de la CGT en 1895, las discusiones siguieron una doble línea argumental. Por un lado, en un terreno básicamente sindical, la huelga general apareció como una alternativa al fracaso sistemático de las huelgas parciales, huelgas localizadas en un solo lugar y una rama de la producción. Se trataba, en este caso, de proponer la generalización del conflicto para forzar un triunfo fundamentalmente laboral. En otra dirección, especialmente dentro del Partido Obrero y los debates entre socialistas, la huelga general fue presentada como la alternativa a la vía electoralista de la socialdemocracia, en la desconfianza de la viabilidad de llegar a la transformación profunda del Estado burgués desde las luchas electorales. En este doble marco, los principales protagonistas de la defensa de la idea de la huelga general fueron, sin duda, los bretones, de familias de pequeños comerciantes, Fernand Pelloutier y Aristide Briand, los cuales habían coincidido en *La Démocratie de l'Ouest* de Saint Nazaire.

5 Cf. ZÉVAËS, A.: *op. cit.*, pp. 348 y ss. TERMES, J.: *Anarquismo en España. La Primera Internacional*, 1864-1881. Barcelona, 1972, pp. 216 Y ss., 404 y ss.

6 CL, por ejemplo, PELLINC, TI.: *American Labor*. Chicago, 1960, cap.III.

Pelloutier⁷, especialmente a partir de su intervención en el congreso regional socialista de l'Ouest, celebrado en Tours a principios de septiembre de 1892, defendió, frente a Jules Guesde, la huelga general, entendida como *la suspension universelle et simultanée de la force productrice... qui, même limitée à une période relativement restreinte, conduirait infailliblement le parti ouvrier au triomphe des revendications formulées dans son programme*. De forma paralela, Briand logró que el V Congreso de la Federation National des Syndicats, reunido en Marsella a finales del mismo mes de septiembre de 1892, aprobase la idea de la huelga general de todos los oficios. Poco después, en un primer congreso mixto que reunió federaciones sindicales y bolsas de trabajo en julio de 1893 en París, se votó únicamente la huelga general y se acordó la creación de un comité de organización específico que pronto pasaría a publicar, como órgano de prensa, *La Grève Générale*, dirigida por el alemanista Henri Girard. Pelloutier, Briand y Girard consiguieron que un nuevo congreso mixto, el de Nantes de septiembre de 1894, mucho más amplio y representativo que el de París, reiterase el triunfo de la huelga general, pese a la encarnizada oposición de los guesdistas. El congreso vino a sancionar el fin de la preponderancia del partido obrero de Guesde en el movimiento sindical y dio un fuerte impulso a los partidarios de crear una nueva central, la cual iba a nacer así estrechamente relacionada con el triunfo del principio de la huelga general. Del congreso de Nantes, en fin, surgió el primer folleto sistematizador de la nueva estrategia que reunía los informes e intervenciones de Girard, Briand y Pelloutier, *Qu'est ce que la Grève Générale?*, publicado a principios de 1895.

La Confederation Générale du Travail, como se llamó la nueva central constituida en Limoges en septiembre de 1895, apareció, por tanto, en contra del guesdismo y su asunción de las tesis de la huelga general fue una pieza básica de la afirmación de la autonomía del sindicato frente a la lucha política de corte parlamentario y electoral. De todas formas, es importante percatarse que pocos habían planteado la huelga general como un único medio para lograr la emancipación del proletariado. En especial, para los aUemanistas era un buen instrumento, pero no el único, y, en cualquier caso, debía ser planteada como una acción insurreccional a desarrollar internacio-

⁷ CL, en especial, IULLIARD, 1.: *Fernand Pelloutier et les origines du syndicalisme d'action directe*. París, 1985. En cualquier caso, para las biografías de dirigentes obreros en Francia, siempre es útil la consulta de MAITRON, J.: *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*. París, 1964-1984.

nalmente. Para los blanquistas no era la cuestión un terna central, era un medio complementario y debía adoptar un carácter fundamentalmente de reivindicación política. Sólo para algunos anarcosindicalistas, notablemente para Pelloutier (que había roto con los socialistas guesdistas y se había aproximado a los anarquistas), Paul Delesalle y Emile Pouget ⁸, la huelga general constituía una posibilidad revolucionaria plena, alternativa, en el fondo, tanto al electoralismo y el parlamentarismo como al insurreccionalismo conspirativo de corte bakunista de muchos anarquistas. A notar que en Limoges se había aprobado tanto la huelga general profesional y de solidaridad, laboralista, como el principio más amplio y ambicioso. Significativamente, de hecho, *La Grève Générale* pasó a ser el órgano de prensa de la nueva central en sus primeros tiempos. De todas formas, el terna apareció difuminado en los congresos que siguieron y, frente a los impacientes, la huelga general fue vista más como un elemento estratégico de propaganda y diferenciación doctrinal, y mucho menos como un objetivo a alcanzar a corto plazo.

La recuperación del terna se produjo en 1899-1902. Entonces, en una época de crisis dreyfusiana y de discusiones sobre la unificación de los distintos grupos socialistas, la cuestión de la huelga general retornó su anterior papel como punto importante de debate y alineamiento de las posiciones de unos y otros. En este campo, el protagonismo volvió a corresponder a Briand. Especialmente en el congreso general de organizaciones socialistas, reunido en diciembre de 1899 en París, congreso que condenó la participación ministerial de Millebrand. Briand situó allí la huelga general como uno de los medios de propaganda y acción que debía ser usado por el partido socialista al lado de otros tantos instrumentos como la acción económica, la acción electoral y revolucionaria o el boicot:

Allez à la bataille avec le bulletin de vote, si vous le jugez bon, je n'y vois rien à redire. Allez-y avec des piques, des pistolets et des fusils: je me ferai un devoir, le cas échéant, de prendre place dans vos rangs... Mais ne découragez pas les travailleurs, quand ils tentent de s'unir par une action qui leur est propre et à l'efficacité de laquelle ils croient fermement. Puis la grève générale présente au militant cet avantage, elle a ceci de séduisant, qu'elle est en somme l'exercice d'un droit incontestable. C'est une révolution qui com-

⁸ Sobre Delesalle, cf. el libro clásico de MAITRON, J.: *Le syndicalisme révolutionnaire*: Paul Delesalle. París, 1952. Sobre Pouget, DE GOÏSTINE, Ch.: *Pouget. Les militants noirs du syndicalisme*. París, 1972.

menee dans la légalité. En se refusant au collier de misère, l'ouvrier se révolte dans la plénitude de son droit ».

El discurso de Briand dio lugar a un nuevo texto emblemático, *La grève générale et la révolution*, publicado en París en 1900. Pronto siguieron otros folletos y otras obras: *La grève générale*, de 1901; *Vers la grève générale*, de Georges Yvetot, en 1902; *La grève générale reformiste et la grève générale révolutionnaire*, de 1902, que contenía la respuesta a una serie de artículos de Jean Jaurès, el cual sólo aceptaba la huelga general como manifestación de fuerza obrera, siempre que contase con unos objetivos políticos claros y en determinadas circunstancias.

De nuevo, a partir de 1899, las posiciones sobre la huelga general fueron diversas y con muchos elementos de ambigüedad: un medio posible de actuación, una huelga política que presionase al gobierno, ocasión para desencadenar un movimiento insurreccional... Y, en otro sentido, su preparación y propaganda tanto podía ser vista como una acción complementaria de la acción del partido socialista, como -así lo querían Pelloutier y otros anarcosindicalistas- el principal instrumento de afirmación de la unidad de los obreros, complementaria de la acción más estrictamente sindical y mutual. La CGT tendió a aceptar los planteamientos más ambiguos, en la dirección de la formulación hecha por Briand; la huelga general era un medio de acción que, en el terreno económico, auguraba la emancipación de los trabajadores, lo cual no excluía el uso de otros medios en otros terrenos. Significativamente, ahora pasó a contar con un órgano de expresión propio, *La Voix du Peuple*, y *La Grève Générale* desapareció. *La Voix du Peuple*, eso sí, iba a ser dirigida por un defensor anarcosindicalista de la huelga general, Emile Pouget. El congreso de Lyon de la CGT, en septiembre de 1901, identificó la huelga general con la revolución social y creyó que, fracasados los poderes públicos y las panaceas reformistas, era la única esperanza que quedaba a los trabajadores. Pero su acuerdo referido a la generalización de una huelga de los mineros fracasó. Se inauguró así una etapa en la cual, como ha sido dicho, la huelga general, triunfadora en los Estados Unidos, iba a mostrarse impotente en los nuestros¹⁰.

Bajo la dirección de Victor Griffuelhes, la CGT incorporó, como una estrategia efectiva y cotidiana, la huelga general. El congreso de

9 Cf. la versión incluida en AUBERT, A.: *Briand. So vie politique...* París, 1928, p. 36.

10 Cf. BRÉCY, R.: *op cit.*, p. 73.

Bourges, en septiembre de 1904, lanzó una intensa campaña de propaganda para lograr que, a partir del 1 de mayo de 1906, ningún trabajador *consintiese* trabajar más de ocho horas. La campaña fue un éxito propagandístico, impulsado, en parte, por la actividad desplegada por Paul Delesalle, pero, llegado el momento, el movimiento huelguístico, aun siendo importante, estuvo lejos de ser general y, lo que es peor, pocos supieron qué hacer ante la negativa patronal a conceder las ocho horas. En cualquier caso, aquella jornada inauguró la serie en Francia de huelgas generales importantes en determinados sectores: el de la enseñanza, en 1907; de correos, en 1909; de los ferrocarriles, en 1910; huelgas todas ellas con claros contenidos reivindicativos de corte laboral. Como dijo por aquel entonces el mismo Griffuelhes, se había terminado el período romántico de la defensa de la huelga general y se entraba en una nueva fase ¹¹. De forma paralela' ahora para los anarcosindicalistas, por ejemplo para Emile Pataud y Emile Pouget ¹², explícitamente la huelga general era una perspectiva, la idea de una utopía que permitía avanzar y desarrollar la fuerza de los obreros. En cualquier caso, en octubre de 1906, la llamada Carta de Amiens había incorporado formalmente la idea de la huelga general en la definición programática de la CGT:

Dans l'oeuvre revendicatrice quotidienne, le syndicalisme poursuit la coordination des efforts ouvriers, l'accroissement du mieux-etre des travailleurs par la réalisation d'améliorations immédiates telles que la diminution des heures de travail, l'augmentation des salaires, etc.; mais ceHe besogne n'est qu'un côté de l'oeuvre du syndicalisme; il prépare l'émancipation intégrale, qui ne peut se réaliser que par l'expropriation capitaliste: il préconise comme moyen d'action la grève générale et il considère que le syndicat, aujourd'hui groupement de résistance, sera, dans l'avenir, le groupement de production et de répartition, base de réorganisation sociale ¹³.

Durante todo este tiempo, la huelga general fue preconizada también para oponerse a la guerra y, en especial, el antimilitarismo fue uno de los principales campos de actuación de los anarquistas ¹⁴. Destacó el holandés Ferdinand Domela Nieuwenhuis, quien, ya en los Congresos internacionales de 1891 y 1893, defendió la huelga gene-

¹¹ GRIFFUELHES, V.: *L'action syndicaliste*. París, 1908.

¹² *Comment nous ferons la Révolution*. París, s. f. (1909).

¹³ eL las versiones incluidas en DUBIEF, II.: *Le syndicalisme révolutionnaire*. París, 1969, pp. 75 YSS. MAITRON, J.: *Le mouvement anarchiste en France*, tomo I. París, 1975, pp. 319 y SS.

¹⁴ Una buena referencia puede encontrarse en MAITRON, T.: *op cit.*, y en ABELLÓ, T.: *Les relacions internacionals de l'anarquisme català (1881-1914)*. Barcelona, 1987.

ral contra la guerra y quien, posteriormente, presidiría la Asociación Internacional antimilitarista creada en el congreso Antimilitarista que se reunió en Amsterdam en 1904. En el movimiento participaron, entre otros, anarquistas y anarcosindicalistas de Francia y España. En 1886 el ya citado Joseph Tortellier había intervenido en la constitución de una efímera Ligue des Antipatriotes. Posteriormente, fue Georges Yvetot quien destacó en la organización de una *Ligue Antimilitariste* (diciembre de 1902), que se convirtió, después, en sección francesa de la AIA. El grupo provocó situaciones sonadas a raíz de la edición de determinados pasquines que preconizaban volver los fusiles contra los oficiales y responder a la movilización con la huelga y la insurrección.

La propia CGT asumió la cuestión notablemente en el congreso de Marsella de octubre de 1908, cuando pidió a los trabajadores responder a una hipotética declaración de guerra con la huelga general revolucionaria. Anteriormente había insistentemente intentado, sin éxito, que el tema fuera inscrito en las conferencias sindicales internacionales y, finalmente, había roto con el Secretariado Internacional dirigido por los alemanes, a principios de 1906. El acuerdo de Marsella fue reiterado en los sucesivos Congresos antes de 1914. En especial, los días 24 y 25 de noviembre de 1912 la CGT celebró un congreso extraordinario y específico para discutir la oposición a la guerra. Allí, una vez más, se preconizó la huelga general revolucionaria en contra de la guerra. Como manifestación de fuerza y forma de presión se convocó, para el día 16 de diciembre de 1912, una jornada de huelga general y de protesta que, en Francia, movilizó unos seiscientos mil trabajadores.

De todas formas, no se trata ahora de discutir el largo y complejo tema de las ambigüedades y fracasos de anarquistas, sindicalistas y socialistas en su oposición a la guerra. Baste consignar la fuerza que tuvo en esta cuestión también la idea de la huelga general, incluso entre determinados sectores socialistas franceses como Vaillant, quien, después de la experiencia de la revolución rusa de 1905, no dudó en plantear la unión de las consignas de la huelga general, la insurrección y el antimilitarismo. El mismo Jaurès incorporaría la huelga general como uno de los medios posibles de oposición y presión política antimilitarista.

La formulación y discusión de la idea de la huelga general fue, en gran medida, un tema de reflexión política militante y de agitación sindical. Pero hubo también una cierta reflexión más teórica, con mayores alcances interpretativos y menores implicaciones inmediatas. Tuvieron, en este sentido, un gran papel Hubert Lagardelle y

Sindicalismo y huelga

su revista *Le Mouvement Socialiste*, que apareció en París entre 1899 y 1914, así como, muy en especial, Georges Sorel. Lagardelle impulsó una amplia encuesta entre los principales dirigentes obreros del momento, europeos y americanos, sobre la huelga general y el sindicalismo revolucionario en agosto-septiembre de 1904. Las respuestas iban a iniciar una discusión de fuertes contenidos conceptuales y doctrinales 15.

Lagardelle incidió destacadamente en la diferenciación teórica, no ya entre sindicalismo revolucionario y socialdemocratismo, sino, más incisivamente, entre aquél y el anarquismo. Justamente en unos momentos en que empezaba a ser evidente y explícita la incomodidad de la mayoría de los anarquistas ante el sindicalismo y, también, ante la idea de la huelga general. Muchos anarquistas, aparte del caso de los anarquistas individualistas, estaban ya retomando la vieja idea de la insurrección y la violencia como instrumentos mucho más decisivos que no la huelga general. En el movimiento antimilitarista ya mencionado el anarquismo tendió a abandonar las tesis de la huelga general para defender acciones de sabotajes, insurrección, insumisión y desertión. En el movimiento más específicamente anarquista, muy en especial en el congreso de Amsterdam de 1907, Malatesta, frente al sindicalista Monatte, logró imponer mayoritariamente sus tesis contrarias al sindicalismo revolucionario y, en todo caso, muy críticas respecto de la huelga general: hacer creer que bastaría a los trabajadores cruzarse de brazos para lograr la capitulación de los burgueses era absurdo 16.

Fue en *Le Mouvement Socialiste*, en 1906, que Sorel 17 publicó una primera versión de sus famosas *Réflexions sur la violence*, texto que pronto iba a convertirse en el paradigma de los esfuerzos teorizantes alrededor de la huelga general. La obra, y más globalmente el conjunto de los escritos de Sorel de aquella época, constituyeron un importante puente entre el sindicalismo francés y el italiano y, al mismo tiempo, entre el mundo obrero y militante y el mundo más universitario e intelectualizado. Sorel, que ya había escrito mucho sobre la socialdemocracia y la Segunda Internacional, había hecho el salto

15 LAGARDELLE, II.: *La grève générale et le socialisme*. París, 1905. También, *Syndicalisme et socialisme*. París, 1908, y *Le socialisme ouvrier*. París, 1911.

16 *Id.* *Congres anarchiste tenu a Amsterdam. Aout 1907*. París, 1908, citado por DUBIEF, H.: *op. cit.*

17 Sobre Sorel, cf., en especial, SOREL, G.: *Scritti politici e filosofici*, a cura di Giovanna Cavallari. Torino, 1975. SAND, S.: *L'illusion du politique: Georges Sorel et le débat intellectuel*. París, 1984. JULLIARD, J., y SAND, S.: *G. Sorel en son temps*. París, 1985.

al sindicalismo revolucionario. En sus *Réflexions...* Sorel criticaba duramente la huelga política (a la que oponía las virtudes de la huelga general sindicalista) porque desviaba la centralidad del conflicto clasista para situarlo en un terreno ambiguo de reivindicaciones democráticas formales, porque claramente era una consigna que surgía del partido y marginaba el peso de los sindicatos, porque suponía una cierta fe en el Estado y, finalmente, porque obligaba a predeterminedar las características de la sociedad del futuro. De todas formas, la principal aportación del texto soreliano se situaba en el análisis del carácter positivamente mítico de la idea de la huelga general:

... la grève générale est bien ce que j'ai dit: le *mythe* dans lequel le socialisme s'enferme tout entier, e'est-a-dire une organisation d'images capables d'évoquer instinctivement tous les sentiments qui correspondent aux diverses manifestations de la guerre engagée par le socialisme contre la société moderne. Les grève ont engendré dans le proletariat les sentiments les plus nobles, les plus profonds et les plus moteurs qu'il possède; la grève générale les groupe tous dans un tableau d'ensemble et, par leur rapprochement, donne à chacun d'eux son maximum d'intensité; faisant appel à des souvenirs très cuisants de conflits particuliers, elle colore d'une vie intense tous les détails de la composition présentée à la conscience. Nous obtenons ainsi cette intuition du socialisme que le langage ne pouvait pas donner d'une manière parfaitement claire –et nous l'obtenons dans un ensemble perçu instantanément 18.

Las discusiones sobre la huelga general en Francia actuaron en muchos sitios como puntos de referencia, especialmente en Italia y España. En Italia, el debate se inscribió en el marco del peculiar sindicalismo revolucionario surgido en el seno del Partido Socialista Italiano' y no desde los sindicatos o los anarcosindicalistas, un prosindicalismo que se configuró como alternativa interna al electoralismo y ministerialismo de la dirección reformista oficial. Sin duda, en un principio, sus principales teóricos fueron los universitarios y meridionales Arturo Labriola y Enrico Leone 19.

Labriola difundió e introdujo la versión francesa y soreliana de la huelga general, como un elemento básico de la lucha económica y

18 SOREL, G.: *Réflexions sur la violence*. París, 1972, p. 182. Versión castellana en *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid, 1976, pp. 186-187. A notar la importancia dada por Sorel a los estudios coetáneos de psicología social, y en especial a las obras de LE BON, G., como *Psychologie du socialisme*. París, s. f.

19 El estudio clásico sobre Labriola es MARIJCO, D.: *Arturo Labriola e il sindacalismo rivoluzionario in Italia*. Torino, 1970. Debe consultarse también, LABRIOLA, A.: *Storia di dieci anni, 1899-1909*. Milán, 1975 (la primera edición original es de 1910). Sobre Leone, cf. CIANNAZZI, W.: *L'itinerario di Enrico Leone*. Milán, 1989.

la acción directa contrapuesta al denominado espejismo de la lucha electoral. En gran medida, por otra parte, los mejores análisis sobre la huelga general se produjeron después del movimiento efectivamente huelguístico de septiembre de 1904, en protesta por la larga serie de actuaciones sangrientas de la policía y ejército en contra de las manifestaciones obreras. Aquella huelga general afectó a unas dos terceras partes del territorio italiano, con especial intensidad en las más importantes ciudades del norte y también del sur. Aquella huelga general, según Labriola y los sindicalistas, había sido un importante instrumento de articulación de la clase obrera italiana al unir en una misma acción las masas agrícolas meridionales y la clase obrera del norte. Alejaba, además, a los trabajadores de la ilusión del parlamentarismo reformista y forzaba la reabsorción del partido socialista en las organizaciones de clase, sindicatos y cámaras del trabajo. Ahora bien, no creían que hubiese llegado aún la hora de emprender una definitiva *solución revolucionaria*, porque faltaba un largo proceso de preparación. En cualquier caso, la huelga general no era sino un medio al lado de otros: como demostraría la experiencia de la revolución rusa de 1905.

Enrico Leone, por su parte, dio mucha más importancia que no Labriola al necesario desarrollo de la organización sindical y se opuso muy explícitamente a las que llamaba concepciones espontaneísticas de la huelga general. Defendía, al contrario, la consigna como una forma de avanzar en la estructuración de la lucha sindical, de intensificar la disciplina consciente y la organización colectiva de los trabajadores. Por otro lado, Leone no dejaba de considerar la huelga general como un medio de acción que debía combinarse con una cierta acción *parlamentaria*, aunque ésta era concebida como parcial y supeditada a la acción más sindical y económica.

2. Recuerdo y persistencia del sindicalismo internacionalista

Como hemos visto, durante una larga etapa la huelga general fue el grito de guerra del sindicalismo revolucionario y el anarcosindicalismo europeos.

A caballo entre los dos siglos, dirigentes y publicistas obreros y algunos intelectuales creyeron haber encontrado una forma plausible de llegar a la revolución social, frente al modelo electoralista y de conquista paulatina del estado liberal burgués que por aquel entonces estaba elaborando la socialdemocracia alemana. A notar que, desde esta

perspectiva, la consigna de la huelga general no era sino una manifestación de la fuerza renovada que tenía el sindicalismo como eje fundamental de articulación del movimiento obrero en su conjunto.

Fue alrededor del sindicato y la lucha sindical que, de hecho, giraron las discusiones y actuaciones más masivas del movimiento obrero, tanto en la primera década del siglo -en los años dorados del sindicalismo revolucionario francés- como, anteriormente, en los ochenta y noventa. Aunque, en ocasiones, la historiografía haya tendido a olvidarlo, el tema también fue fundamental en el seno de la Segunda Internacional. Aquí, los espectaculares y más conocidos enfrentamientos entre militantes socialistas parlamentaristas y los anarquistas en los congresos iniciales no debieran enmascarar una realidad más de fondo: el triunfo del modelo organizativo y estratégico de la socialdemocracia alemana se produjo no ya frente a un hipotético modelo alternativo anarquista, sino, fundamentalmente, frente a un modelo sindicalista. Durante la Primera Internacional la batalla organizativa básica fue la dada contra la representación heterogénea de grupos y asociaciones diversas en defensa de una estructuración sindical. En la Segunda hubo también este esfuerzo contra los grupos, pero, además, y de forma destacada, contra la representación sindical y a favor de una representación de partido. Como es conocido, la Segunda Internacional terminó siendo una internacional de partidos socialistas, pero el proceso fue largo y costó definir el propio concepto de partido político obrero y socialista. Baste recordar que los primeros partidos socialdemócratas y socialistas incluían organizaciones de muy diverso signo, en especial cooperativas y sociedades obreras de resistencia que genéricamente se habían pronunciado por alguna forma de acción política.²⁰

También el sindicalismo se encontraba en pleno período de redefinición conceptual y, por otra parte, no presentaba un desarrollo uniforme en los distintos países europeos. No es fácil ajustar las distintas situaciones a unos hipotéticos referentes de tradeunionismo británico, socialdemocracia alemana o modelo belga. Es, en cambio, mucho más generalizable la adscripción de una buena parte de los movimientos sindicales europeos de los años ochenta y noventa a la conceptualización prefigurada, bien que mal, por la Primera Internacional. Sus características pueden parecer simples y, en todo caso, muy

²⁰ No es éste el lugar para incluir una amplia bibliografía sobre la Segunda Internacional. Baste citar los estudios y ediciones clásicas de HAUPT, G., en especial *La Deuxième Internationale 1889-1914*. París, 1964, y la edición de los documentos del *Bureau Socialiste International*. París, 1969.

elementales. Para empezar, necesidad del asociacionismo obrero de resistencia y virtualidad del mismo frente a las viejas formas organizativas mutualista y cooperativista. Es decir, definición inicial del sindicalismo fundamentalmente como un movimiento de resistencia y de lucha contra la patronal, que acepta, eso sí, usar de manera subordinada tanto el mutualismo como las cooperativas. En segundo lugar, la esperanza en la capacidad del propio movimiento para prefigurar la estructura de la sociedad del futuro, basada ésta en el trabajo -no en el capital- y en la propiedad social de los medios de producción. Por otra parte, conveniencia de situar el sindicalismo al margen de la lucha política más institucionalizada y definición del propio movimiento, al menos, como apolítico y un tanto crítico respecto del parlamentarismo. En fin, y para terminar con las mismas dosis de ambigüedad que en los puntos anteriores, autoafirmación como un movimiento obrero más radical que el resto de propuestas organizativas y estratégicas coetáneas.

Como puede verse, se trata, a grandes rasgos, del núcleo de ideas constitutivas básicas del sindicalismo revolucionario francés de principios de siglo, aunque entonces fueran ideas retomadas y reelaboradas con una mayor rotundidad y acento industriales, superando el carácter más de oficio y localista que había tenido el modelo de la Primera Internacional. En cualquier caso, es importante destacar las muchas deudas del nuevo sindicalismo, muy en especial si pretendemos abrir correctamente una discusión sobre la influencia de la experiencia francesa -e italiana- en España.

En España, la herencia de la Primera Internacional será aplastante y, sin duda, mucho más continuamente presente que no en Francia. En el país galo, a finales de siglo, se produjo un redescubrimiento del modelo sindical fijado mayoritariamente en los congresos de la Primera Internacional. En España no fue preciso este redescubrimiento. En el fondo porque aquí, contrariamente a los sucedido en Francia, hubo el establecimiento de una central sindical -la Federación Regional Española de la AIT- que actuó, en la medida de lo posible, como tal y que logró, aunque sólo fuera coyunturalmente en 1872-1873, reunir la práctica totalidad del movimiento sindical y societario obrero existente. En este sentido, la situación española tuvo un cierto carácter excepcional dentro de la Primera Internacional, sólo comparable quizá -con otros parámetros lógicamente- con las situaciones belga e italiana 21.

21 Para percatarse del fuerte contenido sindical que tuvo en muchos lugares la Primera Internacional puede consultarse, en especial, LABROUSSE, E. (ed.): *La 1.ª In-*

Doctrinariamente, una de las principales conquistas internacionalistas en España fue el triunfo del sindicalismo frente a las propuestas cooperativistas y mutualistas. Pero el éxito de 1870 no fue, ni mucho menos, definitivo. Durante la Restauración fue necesario (una necesidad constantemente renovada) afirmar la primacía de la organización y la lucha sindical frente al asociacionismo más mutualista y cooperativista, el cual, por otra parte, paulatinamente iba perdiendo la voluntad revolucionaria que en otras épocas había tenido. De ahí, por tanto, la necesidad de repetir y recordar, una y otra vez, los argumentos y las ideas del viejo sindicalismo internacionalista. Es fácil percatarse del carácter importante y central que tienen en la prensa obrera, sobre todo en este período, no ya los llamamientos genéricos a la asociación, sino, mucho más específicamente, a la asociación de carácter sindical frente a las propuestas exclusivamente mutualistas. Un pequeño ejemplo, especialmente significativo, es el de Jaime Bisbe, pintor, futuro dirigente de Solidaridad Obrera, el cual, en los primeros escritos que le he localizado, en diciembre de 1900, intenta convencer, una y otra vez, a los de su oficio para que dejen de lado su exclusiva fe en las *cooperativas de producción* y asuman la necesidad de un sindicalismo de resistencia. El ejemplo tiene diversas lecturas: aparte de la persistencia de la fuerza del cooperativismo ya comentada, el hecho de que, en ocasiones, la creación de pequeñas *cooperativas no era sino una forma de ir por su cuenta*, como decía Bisbe, es decir, de establecerse por cuenta propia creando un pequeño taller o un pequeño negocio ²².

La importancia de la herencia sindicalista de la Primera Internacional afecta también a los socialistas. Eran muchos los puntos de partida y las consideraciones compartidas por la militancia obrera, especialmente si consideramos ésta en toda su amplitud y no limitamos el análisis a unos pocos y muy contrastados dirigentes punteros. Para muchos, las diferencias, por ejemplo, entre la UGT y la Federación de Resistencia al Capital o la Federación Regional Española de Sociedades de Resistencia, de contornos anarcosindicalistas, tendieron a situarse, más que en grandes cuestiones doctrinales o estratégicas,

internationale. L'institution, l'implantation, le rayonnement. París, 1969. Para España, TERMES, I.: *Anarquismo y sindicalismo en España, 1864-1881.* Barcelona, 1872 (NETT-LAI), Mo: *La Première Internationale en Espagne (1868-1888).* Dordrecht, 1969. Para Italia, ROMANO, Ao: *Storia del movimento socialista in Italia, 1861-1882,* 3 vols. Bari, 1966-1967. BONIFAZI, Ao, y SALVARINI, Go: *Dalla parte dei lavoratori Storia del movimento sindacale italiano,* vol. 1. Milán, 1976.

²² el. "Imposibilidad moral y material", en *Suplemento de La Revista Blanca*, 8 de diciembre de 1900

en temas como el de la mayor o menor moderación en la dirección del movimiento, la mayor o menor posibilidad de ser *aceptado* por el régimen, la mayor o menor capacidad de asumir y encabezar el movimiento huelguístico, etc. Las reflexiones y grandes referencias doctrinales eran, en gran medida, teóricas y aparecían en la práctica muy matizadas. El parlamentarismo del modelo socialdemócrata forzosamente tenía, dada la realidad del régimen, un carácter a lo sumo táctico sólo dirigido al aprovechamiento de resquicios legales para la propaganda. La hipotética disposición más abierta a la legislación social quedaba a menudo en nada, dada la poca o nula inclinación de los poderes públicos y la patronal al reformismo social. Toda la discusión sobre una hipotética supeditación del movimiento sindical uge-tista a la lucha política del PSOE quebraba ante el hecho comprobado de los pobres resultados electorales cosechados ²³. En fin, y para no hacer demasiado larga esta relación, las pretendidas diferencias de los socialistas frente a anarcosindicalistas y anarquistas, respecto del papel asignado al cooperativismo y el mutualismo, partidarios los unos de la famosa base múltiple, contrarios los otros, se reducía, a menudo, a los intentos de obtener, en un caso, una ayuda ordenada y continuada para fortalecer el sindicato y, en el otro, también un apoyo real, aunque no tan articulado y rígido.

No se trató sólo de la continuidad en el esfuerzo por imponer el asociacionismo de resistencia y minimizar el papel del cooperativismo y mutualismo más reformistas. La influencia de concepciones sindicalistas de la Primera Internacional se puso también de manifiesto a través de la reiteración de la idea de un sindicalismo prefigurador de la sociedad de porvenir. Fue, ciertamente, un tema que terminaría siendo asumido casi en exclusiva por los anarcosindicalistas y sindicalistas, y mucho menos por los anarquistas y los socialistas, pero no por ello la influencia dejó de ser continuadamente extendida. Es fácil, por ejemplo, encontrar en la prensa obrera el recuerdo y la reproducción de los dictámenes internacionalistas belgas que fijaban la estructuración de la sociedad del porvenir como una simple extensión y desarrollo de la estructuración sindical. Así, y evidentemente al margen de cualquier hipotético impulso del sindicalismo revolucionario francés, cuando *El Grito del Pueblo* lanza su famosa campaña por las ocho horas en 1886, se considera al punto obligado a

²³ Cf., en especial, PÉREZ LEDESMA, M.: *El obrero consciente*. Madrid, 1987. ELORZA, A., y RALLE, M.: *La formación del PSOE*. Barcelona, 1989. JULIÁ, S. (coord.): *El socialismo en España*. Madrid, 1986, y *El socialismo en las nacionalidades y regiones*. Madrid, 1988.

reproducir, uno tras otro, los más importantes dictámenes presentados por los belgas en Basilea en 1869²⁴.

3. **El anarcosindicalismo español y la Segunda Internacional**

Podríamos preguntarnos en qué medida la existencia de la Segunda Internacional y la difusión de sus discusiones en España alteró la tradición sindicalista hasta aquí comentada. En este terreno hay que empezar por decir que la pobreza informativa es acusadísima, especialmente en relación a los anarquistas yanarcosindicalistas. De hecho, en España la Segunda Internacional no empezó a ser considerada como importante y dibujada hasta 1910-1912. No se trata sólo de poca atención informativa. Es que, además, fue presentada usualmente como un simple lugar de discusión y enfrentamientos entre minorías militantes -anarquistas y socialistas- y las discusiones más teóricas y doctrinales fueron especialmente minimizadas. Pronto los anarquistas de aquí pasaron a ignorarla, más preocupados en un debate interno que pretendía alejarse tanto del socialismo parlamentario como liberarse de la que algunos llamaban rémora societaria, es decir, del sindicalismo.

Hubo, al principio, unos tímidos intentos de participación que se concretaron, de hecho, sólo en el congreso de Bruselas de 1891. En los congresos de 1889 la representación española, como es sabido, se repartió. La más numerosa acudió al congreso de la calle Lancry, el posibilista: Fernando Fulgueroso, Baldomero Oller, José Camps y Eudaldo Xuriguera, representación dominada por el sindicalismo tradicional catalán de las Tres Clases de Vapor y de *EL Obrero*. Hubo, por otro lado, la asistencia de Pablo Iglesias y José Mesa al congreso de la sala Petrelle. Aparte, otra representación, a menudo olvidada, fue la anarquista presente en una denominada Conferencia Internacional Anarquista. Impulsada la asistencia por *El Productor*, de Barcelona, permitió a Fernando Tarrida del Mármol aparecer por primera vez aliado de la plana mayor del anarquismo francés²⁵.

En 1891, en Bruselas, la presencia había sido especialmente de-

²⁴ ef. *El Grito del Pueblo*, 2 de septiembre de 1886 y ss.

²⁵ Existen abundantes referencias en la bibliografía sobre el socialismo español al congreso de la sala Petrelle. Para el de la calle Lancry, cf. IZARD, M.: *Revolució industrial i obrerismo*. Barcelona, 1970. También, ELORZA, A., y RALLE, M.: *op cit.* A destacar, por otro lado, el análisis más específico de ABELLÓ, T.: *Les relacions internacionals de l'anarquisme catala* (1881-1914). Barcelona, 1987.

fendida por el anarcosindicalismo de *El Productor* y de la *Tramontana*, de Barcelona, así como por *La Anarquía*, de Madrid 26. Fue allí donde empezó tanto la batalla por limitar la presencia anarquista como por controlar las representaciones sindicales. Los delegados españoles, aparte de Pablo Iglesias, fueron, en principio, Pedro Esteve y Fernando Tarrida, que nevaban la representación de cuarenta y dos sociedades obreras integradas en la Federación de Resistencia (también llamada Pacto de Unión y Solidaridad). Iglesias se alineó claramente con las posiciones alemanas y tuvo un papel decisivo en la exclusión de los anarquistas españoles; hizo constar que habían combatido la celebración pacífica del 1 de mayo y que no admitían la viabilidad de una legislación del trabajo, uno de los temas de discusión fundamentales previsto para el congreso. Iglesias logró así para él e indirectamente la UGT la representación oficial española, representación que los socialistas ya no perderían. A partir de entonces, los anarquistas y anarcosindicalistas se mantendrían al margen de la Segunda Internacional. No se preocuparon por la asistencia en Zurich en 1893. Sí, en cambio, participaron en la *batalla* de Londres de 1896 27. Ante este congreso, que iba a reportar una derrota bastante definitiva de los anarquistas y el triunfo bastante claro del modelo socialdemócrata alemán, Malatesta había impulsado desde Londres, donde se encontraba exiliado, una amplia agitación para conseguir la presencia de los anarquistas en el congreso y, si más no, la denuncia del carácter sectario de la nueva organización internacional. Recibió el apoyo del anarquismo militante español, primero de *La Idea Libre*, de Madrid, después de Barcelona, donde se constituyó una comisión de delegados de sociedades obreras para defender los criterios del London Anarchist Committe de Malatesta. Sus miembros fueron encarcelados a raíz del atentado que iba a abrir el famoso proceso de Montjuic. Finalmente, en el congreso, Malatesta, entre otros muchos mandatos, exhibió la delegación de cuarenta y dos sociedades obreras -que no le fue reconocida al no poder aportar las formalidades precisas- o A notar que Francisco Ferrer y Guardia pretendió -desde París- asistir también, en nombre de una denominada Sociedad Demófilo de San Vicente de Alcántara, que los organizadores declararon desconocer. De nuevo, por tanto, la representación española se circunscribió a la representación socialista y ugetis-

26 Cf., en especial, *La Anarquía*, 16 y 30 de octubre y 6 de noviembre de 1891; *El Productor*, 1 de septiembre de 1891; *La Tramontana*, 4 de septiembre de 1891.

27 Para los congresos de Zurich y el de Londres, d. ABELLÓ, T.: *op. cit.*, pp. 91 y ss.

ta: Iglesias, Vera, Muñoz, Carcía Quejido, Balaguer -en nombre de la Sociedad de Peluqueros de Barcelona- y Fornemont -en nombre de la Federación de Agricultores de Cataluña.

Sin poder entrar aquí en detalles, esta exclusión fue paralela al replegamiento anarquista en su propio movimiento. La presencia de 1891 puede ser considerada aún como un intento real de contribuir a discutir el carácter más o menos sindical y más o menos amplio de la Internacional reorganizada, pero, frente al congreso de Londres, la agitación tuvo una clara finalidad propagandística y de denuncia. El hecho es que los anarquistas españoles aparecieron -no sin debates internos- mucho más proclives a intentar el establecimiento de alguna forma de relación internacional específicamente anarquista, abandonando también ellos el interés por las relaciones entre sindicatos. Estuvieron presentes en Chicago en 1893, con Pedro Esteve, que residía ya en Nueva York ²⁸. La designación de delegado la había ganado, sin embargo, Ricardo Mella, seguido de Francisco Tomás y José López Montenegro. Antes, la presencia frustrada en Bruselas fue seguida por la participación de Esteve en la nueva conferencia internacional anarquista celebrada en la misma ciudad a continuación del congreso de la Segunda Internacional ²⁹. Y por más que la represión de 1896 en España impidió la asistencia de delegados españoles a Londres y a la nueva reunión anarquista paralela, empezaba ya a ser claro el camino de organización propia y específica.

Doctrinalmente, ni que fuese en tonos críticos, la incidencia de aquellos primeros congresos de la Segunda Internacional fue muy limitada y ello a pesar de tratarse de una primera etapa de discusión abierta sobre la dirección y características que la misma podía tomar. Quizá porque, en una situación de poco entusiasmo sindicalista de parte de los anarquistas españoles después del fracaso de la FTRE y del movimiento reconstruido a raíz de la celebración de los primeros 1 de mayo, no parecían tener demasiado interés en defender una reconstrucción de la Internacional. En el campo libertario, la única aportación importante originada, aunque sea de forma indirecta, por los debates de la Segunda Internacional fue la discusión sobre el concepto de socialismo. Se trató de reivindicar el carácter socialista del anarquismo, intentando evitar la identificación del calificativo exclusivamente con la versión impuesta por la socialdemocracia alemana

²⁸ eL ESTEVE, P.: *Memoria de la Conferencia Anarquista Internacional celebrada en Chicago. A los anarquistas de España y Cuba*. Nueva York, 1900. También, *El Productor*, 16 de marzo y 17 de agosto de 1893.

²⁹ Los días 23 y 24 de agosto de 1891, cf. *La Tramontana*, 4 de septiembre de 1891.

a través de la Internacional. El tema fue recogido notablemente por el grupo heterogéneo que publicaba *Ciencia Social* en Barcelona: Prat, Corominas, Brossa, etc. El grupo recogió y divulgó las tesis de Augustin Hamon, empeñado en presentar a los anarquistas como una fracción del socialismo internacional³⁰. A destacar que, por este camino, también muchos anarquistas españoles reencontraban un viejo tema de la Primera Internacional: magnificar, como elemento fundamental de un pensamiento socialista, la fe en una sociedad donde los medios de producción fuesen sociales.

4. Carácter limitado de la difusión del sindicalismo revolucionario francés en España

Baste recordar unas pocas fechas para establecer una cronología significativa respecto del sindicalismo revolucionario francés³¹. A partir de 1887, discusiones sobre la huelga general alrededor de la campaña por las ocho horas y de la celebración de los primeros 1 de mayo, impulsadas sucesivamente por Joseph Tortelier, Arístide Briand y Fernand Pelloutier. En 1892, animada por este último, la Fédération Nationale des Bourses de Travail. Al año siguiente, creación, con elementos de las bolsas y algunos sindicatos, del Comité d'Organisation de la Grève Générale e inicio de la publicación de su órgano de prensa, *La Grève Générale*. Por su parte, en el seno de la Fédération Nationale des Syndicats fueron ganando posiciones los antiguesdistas y la mayoría crearía, en septiembre de 1895, en el congreso de Limoges, la famosa Confédération Générale du Travail. Esta no iba a lograr una verdadera expansión hasta que se unió con el mo-

³⁰ eL "El socialismo en Francia", en *Ciencia Social*, octubre-diciembre de 1895, y "¿Un anarquismo, fracción del socialismo?", también en *Ciencia Social*, febrero-junio de 1896.

³¹ Entre la abundante bibliografía sobre el sindicalismo revolucionario francés pueden destacarse, como obras generales, DUBIEF, P.: *Le syndicalisme révolutionnaire*. París, 1969. RIDLEY, F.: *Revolutionary Syndicalism in France*. Cambridge, 1970. JULLIARD, T.: *Autonomie ouvrière. Etudes sur le syndicalisme d'action directe*. París, 1988. También, MAITRON, J.: *Le mouvement anarchiste en France*. París, 1975. BRÉCY, R.: *La grève générale*. París, 1969. PERROT, M.: *Les ouvriers en grève*. París, 1973. Estudios de autores y dirigentes concretos son MAITRON, T.: *Le syndicalisme révolutionnaire: Paul Delesalle*. París, 1952. JULLIARD, T.: *Feraand Pelloutier et les origines du syndicalisme d'action directe*. París, 1985. DE GOUSTINE, Ch.: *Pouget. Les matins noirs du syndicalisme*. París, 1972. Sobre SOREL, JULLIARD, T., y SAND, S. (dirs.): *Georges Sorel en son temps*. París, 1985. CHARZAT, M.: *Georges Sorel et la Révolution au XX^e siècle*. París, 1977.

vimiento de las bolsas de trabajo en 1902. Entonces, bajo la dirección de Victor Griffuelhes (Georges Yvetot era el secretario de la Fédération des Bourses, ahora integrada en la CGT), se inició la época dorada de la CGT y, en general, del sindicalismo revolucionario francés. La llamada Carta de Amiens, aprobada en octubre de 1906, se convirtió en su texto programático fundamental. En este período, quizá hasta 1909-1910, hay que situar la etapa de producción teórica más importante. Con textos sobre la huelga general de Pelloutier (1895), Briand (1899), Lagardelle (1905), Sorel (con sus famosas *Réflexions sur la violence* de 1908), Berth (1908), etc. Y textos, a su vez, dirigidos, sobre todo, a la explicación y definición del propio sindicalismo, con obras del mismo Pelloutier (1897, 1900, 1902), Sorel (1898, 1906, 1908), Delesalle (1905, 1907), Pouget (1905, 1906, 1908, 1909, 1910), Yvetot (1908), Griffuelhes (1908), Lagardelle (1911), Jouhaux (1911), etc., sin olvidar las panorámicas dadas por autores como Challaje (1909) o Leroy (1913) ³². En fin, la prensa ejerció también un importante papel teórico, especialmente *Le Père Peinard* (1889, 1894-1896), de Emile Pouget; *La Volx du Peuple*, órgano de la CGT, dirigida en 1900-1909 por el mismo Pouget, y *Le Mouvement Socialista* (1899-1914), de Hubert Lagardelle.

Según creo, a menudo se ha exagerado la influencia directa e inmediata de este sindicalismo revolucionario francés en España ³³, quizá porque no se ha establecido una cronología precisa referente a la misma. La influencia sería ciertamente, a lo largo de los años, notable, pero más bien a partir de 1919 y mucho menos antes, en los años que aquí comentamos. A principios de siglo, la traducción de

³² Obras sobre la huelga general: PELLOUTIER y GIRARD, 11.: *Qu'est-ce que la grève générale*, 1895. BRIAND: *Discours sur la grève générale*, 1899. LAGARDELLE: *La grève générale et le socialisme*, 1905. BERTH: *Les nouveaux aspects du socialisme*, 1908, aparte de *Réflexions sur la violence*, ya citada. Definiciones sindicalistas en PELLOUTIER: *Les syndicats en France*, 1897; *La vie ouvrière en France*, 1900; *Histoire des Bourses du Travail*, 1902. SOREL: *L'avenir socialiste des syndicats*, 1898; *Les illusions du progrès*, 1906; *La décomposition du marxisme*, 1908. DELESALLE: *Les deux métodes du syndicalisme*, 1905; *La CGT*, 1907. PATAJID, E.: *Le syndicat*, 1903; *Les bases du syndicalisme*, 1904; *La CGT*, 1908; *Commen nous ferons la révolution*, 1909. POUGET: *Le sabotage*, 1910. YVETOT: *ABC syndicaliste*, 1908. GRIFFUELHES: *L'action syndicaliste*, 1908. LAGARDELLE: *Le socialisme ouvrier*, 1911. JOUHAUX: *Le syndicalisme français*, 1911. Visiones panorámicas del momento en CHALLAVE, F.: *Syndicalisme révolutionnaire et syndicalisme réformiste*, 1909. LEROY, M.: *La coutume ouvrière*, 1913.

³³ La referencia básica para el sindicalismo revolucionario en España es ALVAREZ, TUNCO, J.: *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*. Madrid, 1976. También, CIADRAT, X.: *Socialismo y anarquismo en Cataluña. Los orígenes de la CNT*. Madrid, 1976. BAR, A.: *La eNT en los años rojos*. Madrid, 1981.

obras y artículos de los principales teóricos franceses fue en España bastante limitada. Y, más aún, la información que llegó fue una información claramente sesgada a través de la visión, a menudo crítica y en cualquier caso reticente, de los anarquistas.

La relación de traducciones coetáneas es corta, impulsadas éstas, por otra parte, casi exclusivamente por el grupo de Ferrer Guardia a través de las publicaciones de *La Huelga General* y de *La Escuela Moderna* 34:

- 1902 *El trabajador y la huelga general.*
1903 *Por qué la huelga general. Su objeto. Sus medios. El día siguiente. La actitud de los partidos políticos* (texto de la CGT y el Comité de la Huelga General).
1904 A. Briand, *La huelga general y la revolución (discurso íntegro pronunciado por... en el congreso general del PSF en 1899).*
E. Pouget, *Las bases del sindicalismo.*
E. Pouget, *El sindicato.*
1906 *La jornada de ocho horas* (texto de la CGT en Francia).
1908 E. Pouget, *La CCF en Francia.*
1908-9 G. Sorel, *El porvenir de los sindicatos obreros.*
G. Sorel, *La ruina del mundo antiguo.*
1909 G. Yvetot, *ABe sindicalista.*
1911 E. Pataud y E. Pouget, *Cómo haremos la revolución*, 2 vols.
V. Griffuelhes, *El sindicalismo revolucionario.*
1912 E. Pouget, *El sindicalismo.*

Como puede verse, se trata de obras centradas en el tema de la huelga general al principio y, ya a partir de 1904, sobre el sindicalismo más ampliamente 35. Muchas de ellas son simples folletos. En

34 Toda relación de estas características corre el riesgo de ser incompleta. He procurado, en cualquier caso, contrastar muy diversos repertorios y he efectuado un vaciado exhaustivo de la prensa anarquista básica en los años considerados. Incluyo sólo la primera traducción encontrada. He de advertir, asimismo, que aquí he optado por la consideración estricta de textos de sindicalismo revolucionario. Fueron publicadas por *La Huelga General* o *La Escuela Moderna* todas las obras excepto las de SOREL, editadas por Sempere de Valencia; la de GRIFFUELHES, por el grupo Amor y Odio de La Felguera; *El sindicalismo*, de PmJGET, por el grupo Acción de Barcelona; el folleto "El trabajador y..." es de la biblioteca *La Revista Blanca*; "Por qué..." es de *El Productor*; "La jornada de..." es de *El Trabajo*, de Sabadell.

35 No he considerado aquí las abundantes traducciones de textos antimilitaristas, como, por ejemplo, IIERVÉ, G.: *El manual del soldado*, 1903; *Pensamientos antimilitaristas*, 1903; *Antimilitarismo reivindicativo*, 1904; *Antipatriotismo*, 1907, etcétera.

conjunto, trece títulos traducidos entre 1902 y 1912, en el período aquí considerado anterior a 1914. Nada de Delasalle. Nada de Lagardelle. Habrá que esperar a la traducción de la editorial Biblioteca Nueva de Madrid en los años veinte. Nada de Pelloutier *El arte y la rebeldía* sería publicado en 1917; un extracto de la *Histoire des Bourses du Travail*, con el título de *Autonomía y federalismo*, en 1922. Poco de los restantes autores, quizá con la excepción de Pouget.

Estos datos dicen, en realidad, poco por sí solos. Deben ser comparados, por ejemplo, no ya con las traducciones de los grandes nombres del anarquismo (Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Reclus), sino, más adecuadamente, con las versiones españolas de anarquistas franceses del momento. En este caso, aparte del caso especial de Reclus (un mínimo de veintitrés obras, algunas monumentales, traducidas antes de 1914), tenemos que hubo doce textos distintos publicados de Ileana Grave, once de Charles Malato, diez de Augustin Hamon, ocho de Sébastien Faure, cinco de Paraf-Javal, tres de André Girard, etcétera.

El panorama no sería muy distinto si nos referimos a los artículos de revista de prensa. De forma dispersa pueden encontrarse series de artículos o artículos significativos traducidos en la prensa anarquista y anarcosindicalista del momento en España, pero no existe ninguna avalancha y son más bien pocos. Pelloutier en *Ciencia Nueva*, de 1895-1896, y, más adelante, en *Acción Libertaria*, de Gijón, en 1910-1911. Alguna cosa de Delasalle en *La Revista Blanca* de principios de siglo. Algo de Pouget en *El Trabajo*, de Sabadell, en 1904-1910. Algo de Griffuelhes en *Solidaridad Obrera*, por ejemplo, en 1913.

Lógicamente, la influencia recibida no debe valorarse exclusivamente a través de este juego sobre las traducciones. Existían otros canales, como es el caso de la información más o menos regular que llegaba a través de la prensa francesa. La relación con *La Voix du Peuple* fue, en este sentido, muy constante, pero, en ningún caso, por ejemplo, desbancó la relación privilegiada establecida con *Les Temps Nouveaux*, de Grave. En cualquier caso, quizá lo más significativo, a la postre, no sea tanto el relativo desconocimiento sobre los esfuerzos teóricos más complejos del sindicalismo revolucionario francés como el análisis de los parámetros que presidieron su difusión, muy en especial desde la prensa anarquista y anarcosindicalista. En este sentido, es clara la importancia de los corresponsales y corresponsalías de París. Vaya por delante que ninguno de ellos fue un entusiasta sindicalista. Los que actuaron con mayor regularidad y renombre fueron Charles Malato, Pedro Vallina, Juan Cortada y Acracio Pro-

greso ³⁶. Por otro lado, lo mínimo que puede decirse es que la visión dada fue siempre reticente, más interesada en la discusión de los propios problemas doctrinales anarquistas que no en la divulgación de las nuevas teorías sindicalistas. Algo parecido ocurriría con los publicistas anarquistas residentes en España. En este caso, globalmente, puede establecerse una cierta división entre un pequeño grupo de teóricos anarcosindicalistas, que se esforzó insistentemente en presentar el nuevo sindicalismo francés como el producto del anarquismo partidario de la acción sindical, y una mayoría de anarquistas abiertos a los aspectos más espectaculares y agitatorios de la experiencia francesa (muy en especial, en relación a la consigna de la huelga general y la agitación antimilitarista), pero llenos de prevenciones ante el esfuerzo más sindical y mutualista.

José Prat y Ricardo Mella deben situarse entre los primeros, sobre todo, como veremos, a partir de 1909-1910, pero la mayoría del anarquismo hispánico del momento, insisto, se situaba, con pequeños matices, entre los segundos. Ello no excluía un determinado apoyo al sindicalismo, pero éste siempre se justificaba en relación a objetivos y luchas ajenas. El sindicalismo, en palabras de Leopoldo Bonafulla ³⁷, a principios de siglo era un *arma de combate*, un *medio de agitación* y por ello los anarquistas debían acudir al mismo. La secuencia argumental favorable al sindicato (no exactamente al sindicalismo revolucionario formulado por los franceses) era para los anarquistas la siguiente: si los anarquistas se mantenían alejados, los sindicatos caían en manos de los socialistas y los reformistas parlamentaristas; en cambio, si los anarquistas acudían a los mismos -entonces podía usarse el ejemplo francés-, éstos fácilmente abandonaban el parlamentarismo y las esperanzas en el reformismo estatal. En cualquier caso, debíase anunciar que el sindicalismo no se bastaba a sí mismo. No podía pretender otra cosa que ayudar y apoyar la lucha revolucionaria y la huelga general, una huelga general revolucionaria que forzosamente iría acompañada de violencia y desbordaría la capacidad y las estructuras organizativas de los sindicatos. El sindicalismo podía preparar el terreno para la revolución, pero no más.

Los ejemplos con argumentos en esta dirección podrían multiplicarse. Había los impacientes, como López Montenegro, y, durante un

³⁶ MALATO escribió regularmente en las publicaciones de Urales, en el *Suplemento de La Revista Blanca*, en *Tierra y Libertad* y en la propia *La Revista Blanca*. En 1905 también lo hizo en *El Productor*, aunque aquí regularmente publicaban sus crónicas CORTADA, VALLINA o, PROGRESO.

³⁷ Cf. "Acratas y demócratas", en *Suplemento de La Revista Blanca*, 17 de febrero de 1900.

tiempo, el mismo Tarrida del Mármol, siempre esperando el estallido de las masas. Había otros más prudentes, como Anselmo Lorenzo. Y la experiencia de la huelga general de Barcelona de 1902 no hizo sino favorecer la prudencia. Pero, en un caso u otro, manteníase la argumentación señalada y, sea dicho de pasada, no era necesario profundizar en el debate sobre la huelga general ni, tampoco, extenderse demasiado sobre los grandes temas relacionados con el sindicalismo revolucionario y su aspiración a intervenir decisivamente en la formación y articulación política de la clase obrera.

Un buen ejemplo de todo ello puede ser el de la campaña, lanzada por la Federación de Bolsas y la CGT, para imponer, a partir del 1 de mayo de 1906, la jornada de las ocho horas, mediante la negativa de los trabajadores a trabajar más horas. Muy pronto llegó a España dicha convocatoria. Ya en mayo de 1905, *El Productor* se hizo eco de la noticia. Pero el corresponsal en París, E. Contreras, apostillaba:

También algunos anarquistas, sin adjetivos, expusimos otras razones, diciéndoles que los partidarios de las ocho horas perdían el tiempo lastimosamente, que lo que nosotros deseábamos era suprimir todo trabajo inútil. Cuando todos los individuos de las sociedades, dijimos, hagan trabajos razonables, podremos llegar a trabajar, no ocho horas, sino cada uno según sus necesidades 38.

A pesar de la advertencia, el hecho es que el llamamiento francés obtuvo un gran eco entre el movimiento societario español, y en especial catalán. La Unión Local de Sociedades Obreras de Barcelona hizo entonces sus primeras armas y, de hecho, la campaña sirvió de preparación para la creación, en 1907, del movimiento de Solidaridad Obrera. Por otra parte, desde el publicismo anarquista y anarcosindicalista, la campaña iba a ser vista como una ocasión para reanudar la propaganda de la huelga general. Y así fue presentada por *Tierra y Libertad*, aún en Madrid, o *El Productor*, de Barcelona. Fue entonces, en plena agitación, que Anselmo Lorenzo se creyó obligado a intervenir y publicó en *Tierra y Libertad*, en diciembre de 1905, el artículo "Post-huelga". Tratábase -decía Lorenzo- de preguntarse: *¿Qué debe hacer el proletariado al día siguiente al triunfo de la huelga general?*, y recordar que el sindicalismo -creado para la defensa del salario- perdería inmediatamente su razón de ser *al día siguiente, cuando desaparezca el asalariado* 39.

18 ef. "Desde París", en *El Productor*, 20 de mayo de 1905.

39 ef. *Tierra y Libertad*, 21 de diciembre de 1905.

En esta primera etapa, los anarquistas españoles estaban fundamentalmente empeñados en la búsqueda de una configuración doctrinal propia y una dinámica y estructuración específicas. De ahí que tendieran a fijarse mucho más en el anarquismo más genérico y cosmopolita de París que no en la experiencia sindicalista. La línea apuntada en los años noventa, con la participación e interés manifiesto de los principales teóricos y propagandistas españoles en las reuniones internacionales anarquistas, proseguía. Se fue a París para el Congreso Internacional Anarquista de 1900, después de intensas discusiones y debates sobre el carácter del mismo⁴⁰. También hubo presencia y entusiasmo en el congreso antimilitarista de Amsterdam de 1904⁴¹. Y la nueva denuncia de la España inquisitorial a partir de 1905-1906, emprendida a raíz del atentado frustrado contra Alfonso XIII en París, no hizo sino implicar más aún el anarquismo hispánico en aquel anarquismo cosmopolita de las grandes figuras y los grandes nombres.

Una nueva manifestación de la actitud poco proclive a la asunción del sindicalismo francés de parte de los anarquistas españoles fue la reacción que hubo ante el Congreso Internacional Anarquista de Amsterdam de 1907. Aquel congreso en el que se produjo la famosa discusión entre Enrico Malatesta y Pierre Monatte sobre el alcance del sindicalismo revolucionario y la posibilidad o no de su asunción por el anarquismo. Desde Barcelona se intentó la participación española. El Centro de Estudios Sociales quiso enviar un delegado. No pudo y mandó un informe que libró a Tarrida del Mármol. Este, al fin, tampoco llegó a tiempo al congreso. De todas formas, sí hubo una notable difusión de las discusiones y acuerdos del mismo. Ni que decir tiene que *Tierra y Libertad*, el principal órgano de prensa que informó sobre Amsterdam, así como todos los grupos anarquistas que expresaron su opinión, aplaudieron entusiastas la intervención de Malatesta, la cual no hacía sino ratificar los criterios de siempre del anarquismo hispánico respecto del sindicalismo, y en especial el francés⁴².

⁴⁰ el., en especial, las crónicas de Baúl (MELLA) en *Suplemento de La Revista Blanca*, 3 de noviembre de 1900 y ss. También, *El congreso revolucionario internacional de París*. Buenos Aires, 1902.

⁴¹ La cuestión antimilitarista había sido planteada en el congreso de París de 1900. Antonio Apolo resumió la actitud del anarquismo español del momento ante el tema con las siguientes palabras: "Y ¿quién sabe? ¿No puede llegar también el día en que, no ya por prudencia, no dispare la guardia civil, sino que ésta y los soldados se dedaren en huelga forzosa", *Suplemento de La Revista Blanca*, 14 de abril de 1900. Del congreso de 1900 informaron especialmente *El Productor* y *Tierra y Libertad*.

⁴² el., en especial, *Tierra y Libertad*, 14 y 21 de noviembre de 1907. También,

El éxito inicial de Solidaridad Obrera y la creación de la CNT pareció alterar el panorama hasta aquí dibujado. Fue entonces cuando, efectivamente, empezó una cierta elaboración teórica propia sobre el sindicalismo que tuvo en cuenta la experiencia francesa –y algo también la italiana–. A destacar, fundamentalmente, José Prat (con *La burguesía y el proletariado*, de 1909, y su difundida conferencia sobre *Sindicalismo y socialismo*, de 1910) y Ricardo Mella (éste, en especial, a través de sus colaboraciones en *Acción Libertaria*, de Gijón, a partir de 1910-1911). Incluso Anselmo Lorenzo aceptaría, con menos reticencias, el nuevo sindicalismo (especialmente en *Hacia la emancipación*, de 1914). Todos partían, eso sí, de la propia tradición sindicalista e internacionalista del siglo XIX.

Ahora bien, aquella apertura al sindicalismo revolucionario francés iba a tener pronto su contrapunto en la pérdida de fervor de la misma CGT francesa y en la decepción que reportó, a la postre, el Congreso Sindical Internacional, que se celebró en Londres a finales de septiembre y principios de octubre de 1913⁴³. Pareció, en principio, que aquel congreso podía ser la alternativa del sindicalismo revolucionario al Secretariado Sindical de la Segunda Internacional, que animaban los sindicatos alemanes y Karl Legien. En todo caso, podía poner de manifiesto el grado en que se habían producido una internacionalización del movimiento. Pero, finalmente, la reunión estuvo dominada casi exclusivamente por anarquistas y anarcosindicalistas, con una representación sindical más bien escasa. La CGT no quiso participar y los propios sindicalistas revolucionarios franceses le dieron la espalda. Por su parte, la presencia de la Unione Sindicale Italiana –única organización de entidad amplia presente– no fue sino marginal. No asistió tampoco la Industrial Workers of the World. La incipiente CNT, en la ilegalidad, no tenía aún ni fuerza numérica ni peso político. A lo sumo, en conjunto, los treinta y tres delegados reunidos de doce países no representaban más que unos 200.000 afiliados, la mitad de los cuales correspondientes a la central italiana. Muy poco antes, los más de nueve millones de adheridos a los sindicatos presentes en el Secretariado de Legien. En el congreso, por otra

ANTONIOLI, M.: *Dibattito sul sindacalismo. Atti del Congresso /internazionale anarchico di Amsterdam (1907)*. Florencia, 1978.

⁴³ Se ha prestado muy poca atención a este congreso desde España a pesar de la importancia que los dirigentes anarcosindicalistas de la CNT le concedieron en su momento. CL, en especial, las crónicas y las explicaciones posteriores de NEGRE, I., en *Solidaridad Obrera*, 25 de septiembre de 1913 y ss. También, ANTONIOLI, M.: "Sindacalismo rivoluzionario italiano e sindacalismo internazionale: da Marsiglia a Londra (1908-1913)", en *Ricerche Storiche*, enero-abril de 1981.

parte, dominaron las discusiones entre los holandeses y alemanes, en especial Cornelissen y el alemán Kater. Las discusiones sobre las representaciones y si debíanse aceptar o no organismos no estrictamente sindicales, así como sobre el carácter más o menos formalizado del organismo de relación internacional a crear, ocuparon casi todo el tiempo. Hubo de dejarse para más adelante la definición programática y de orientación y táctica. Sólo se llegó a aprobar un manifiesto en el que los acentos anarquistas, más que no sindicalistas, fueron abundantes. Asistieron, de parte española, Rodríguez Romero, en nombre de diversas sociedades campesinas; Suárez Duque, de la Federación Obrera de La Coruña, y José Negre, que llevaba la credencial de muchas sociedades obreras catalanas. También debió ser presente en el congreso Pedro Vallina, exiliado en Londres por aquel entonces. Después del congreso, en especial Negre y Solidaridad Obrera, intentaron apoyarse en el mismo para avanzar en la definición y configuración programática de la CNT y, aunque fuera de forma implícita, sus explicaciones no dejaban de traslucir amargos reproches a la CGT francesa. Y es que, efectivamente, a la postre, aquel congreso no había hecho sino sancionar la debilidad del movimiento sindical revolucionario a nivel internacional. Los años de la guerra europea alterarían posteriormente la situación.

5. Italia

El sindicalismo revolucionario en Italia tuvo unos caracteres muy peculiares ⁴⁴. Para empezar, fue -muy distintamente de la situación en Francia, España y otros países- una alternativa generada en el interior del propio Partido Socialista Italiano. Afectó, por tanto, ini-

⁴⁴ Destaquemos RlosA, A.: *Il sindacalismo rivoluzionario in Italia e la lotta politica nel Partito Socialista dell'eta giolittiana*. Bari, 1976. FUHIOZZI, G. B.: *Il sindacalismo rivoluzionario italiano*. Milán, 1977. DE CLEMENTI, A.: *Politica e società nel sindacalismo rivoluzionario, 1900-1915*. Roma, 1983. También, SANTAHELLI, E.: *La revisione del marxismo in Italia*. Milán, 1977, así como los números extraordinarios de *Ricerche Storiche*, enero-junio de 1975 y enero-abril de 1981, dedicados monográficamente al tema. Monografías locales importantes son las de ROVERI, A.: *Dal sindacalismo rivoluzionario al fascismo. Capitalismo agrario e socialismo nel ferrarese (1870-1920)*. Florencia, 1972. AHAGNO, G.: *Socialismo e sindacalismo rivoluzionario a Napoli in età giolittiana*. Roma, 1980. Sobre los principales dirigentes debemos recordar DE FELICE, R.: *Sindacalismo rivoluzionario e fiamanesimo nel carteggio De Ambris-D'Annunzio*. Brescia, 1966. MARIUCCO, D.: *Arturo Labriola e il sindacalismo rivoluzionario in Italia*. Turín, 1970. OLIVETTI, A. O.: *Dal sindacalismo rivoluzionario al corporativismo*. Bolonia, 1989. GIANINAZZI, W.: *L'itinerario di Enrico Leone*. Milán, 1989.

cialmente al menos, sobre todo a determinada élite política y cuadros dirigentes del partido y mucho menos las estructuras sindicales. Actuó así, en los primeros años, en el marco de las discusiones acerca de la viabilidad de la lucha política y la política de alianzas del partido; y las afirmaciones sobre el desarrollo más específicamente sindical y la defensa, por ejemplo, de la acción directa o la huelga general siempre aparecieron supeditadas a aquellos temas considerados básicos. Como es sabido, el impulso inicial partió de Arturo Labriola y la *Avanguardia socialista*, en Milán (1902-1907) y de Enrico Leone y su *Il Divenire social*, de Roma (1905-1919). También, la tribuna de intelectuales de izquierda que fue *Pagine libere* en Lugano (1907-1911), de Angelo Alighiero Olivetti. Una vez fracasados los intentos hechos dentro del partido, se inició la propaganda y la actuación más estrictamente sindical. Un congreso de distintos núcleos sindicalistas, celebrado en Ferrara en julio de 1907, decidió la ruptura con el PSI y proclamó, a continuación, su voluntad de combatir ahora dentro de la CGdL para desbancar la dirección reformista de la central acabada de constituir. Poco después, la creación de un Comitato Nazionale dell'Azione Diretta, en noviembre de 1907, significó el establecimiento de un órgano de relación entre sindicatos -notablemente los ferroviarios- y las cámaras de trabajo locales enfrentadas a la dirección de la Confederación General. El protagonismo pasó, entonces, a Alceste de Ambris y *L'Internazionale*, de Parma, especialmente a raíz del imponente movimiento huelguístico campesino del parmense en 1908. De Ambris pretendió una relación estrecha con la CGT francesa y, en especial con *La Vie Ouvriere*, de Monatte, que había sustituido a *La Voix du Peuple* como órgano de prensa oficial. Fue a partir de entonces que iban a fijarse las características más específicamente sindicales del movimiento: acción directa, legitimación del boicot y el sabotaje, reforzamiento de la solidaridad interprofesional y del papel de los organismos locales frente a las direcciones centralizadas de las federaciones de industria, defensa de la huelga, etc. La pérdida de la batalla dentro de la CGdL, especialmente en 1911, en el momento de la crisis de Libia, hizo inevitable la escisión. Al fin, en noviembre de 1912, en el congreso de Modena, iba a constituirse la Unione Sindicale Italiana, que llegó a contar, en diciembre de 1913, con poco más de 100.000 afiliados, a comparar con los 350.000 obreros que adherían la CGdL.

En la nueva USI se encontraron sindicalistas, anarquistas y republicanos. En Italia, los anarquistas habían tenido, hasta entonces, un papel más bien marginal en relación a las discusiones del sindicalismo revolucionario, en parte porque habían estado, organizativamen-

te, empeñados en diversos intentos de organización propia y específica, siempre a través del impulso de Malatesta, prácticamente siempre desde el exilio ⁴⁵. Fue sólo Luigi Fabbri, desde *Il Pensiero*, de Roma (1903-1911), quien intentó participar en el debate. En cualquier caso, iba a ser en relación a la nueva USI que el anarcosindicalismo italiano se desarrollaría, llegando a desbancar al propio De Ambris, sustituido por Armando Borghi.

Lógicamente, la relación entre el anarcosindicalismo español y el sindicalismo revolucionario italiano fue, en comparación con el caso francés, muy tenue. De todas formas, existió, aunque haya sido sistemáticamente ignorada. El grupo más estrictamente anarcosindicalista y partidario del sindicalismo, especialmente José Prat, tuvo siempre en cuenta la experiencia italiana y se esforzó por analizar y comentar tanto el sindicalismo francés como las elaboraciones técnicas de los italianos. Para percatarse de ello basta con repasar, por ejemplo, los libros y textos de Prat, con citas, a menudo explícitas, de Leone, Labriola o -en otro sentido- Enrico Ferri. Por su parte, el anarquismo, algo reticente con el sindicalismo revolucionario, magnificó la relación con Fabbri y así, por ejemplo, *El Productor*, de Barcelona, dio regularmente cuenta de los índices y artículos de *Il Pensiero*. Puede establecerse una cierta gradación: es claro que los anarquistas más críticos en relación con la experiencia francesa fueron, al mismo tiempo, quienes más atención fijaron en Malatesta. Posteriormente, las huelgas de Parma y el movimiento de De Ambris fue un referente explícito en *Solidaridad Obrera*.

En cualquier caso, el volumen de obras traducidas de autores anarquistas y sindicalistas italianos en el período que aquí estamos comentando fue considerable. Una relación de obras traducidas, con exclusión de las de Malatesta, es la siguiente ⁴⁶:

⁴⁵ Sobre las relaciones del anarquismo italiano con el sindicalismo italiano, cf., entre otros, SANTARELLI, E.: *Il socialismo anarchico in Italia*. Milán, 1977. MASINI, P. C.: *Storia degli anarchici in Italia*. Milán, 1972, y *Storia degli anarchici in Italia nell'epoca degli allenati*. Milán, 1981.

⁴⁶ Cf. las observaciones hechas en la nota 15 referidas a la relación de autores franceses. De todas formas, aquí, para el caso italiano, he incluido también textos y autores simplemente anarquistas al margen de su mayor o menor aceptación del hecho sindical. Las ediciones de los folletos fueron muy diversas. Aparecieron en Sempere, de Valencia, los libros *Sindicalismo y...* de FABBRI y los textos de LABRIOLA, A., excepto *Las diosas...*, de Ed. Presa, de Barcelona; y *Los límites...*, de Salud y Fuerza, de Barcelona. También en Sempere apareció la obra de LEONE o el libro de MERLINO *¿Socialismo o monopolismo?*

- 1897 L. Fabbri, *Influencias burguesas sobre el anarquismo*.
P. Gori, *Ell de mayo*.
- 1900 F. S. Merlino, *Lo que quieren los libertarios*.
- 1904 C. Cafiero, *Anarquía y comunismo*.
S. Merlino, *¿Por qué somos anarquistas?*
L. Fabbri, *La inquisición moderna*.
- 1905 P. Gori, *La anarquía ante los tribunales*.
- 1906 P. Gori, *Ciencia y religión*.
- 1908 P. Gori, *Bases morales y sociológicas de la anarquía*.
L. Fabbri, *Sindicalismo y anarquismo*.
- 1909-10 A. Labriola, *Reforma y revolución social*.
A. Labriola, *El sindicalismo revolucionario*.
A. Labriola, *Las diosas de la vida*.
E. Leone, *El sindicalismo*.
F. S. Merlino, *¿Socialismo o monopolismo?*
- 1912 L. Fabbri, *El ideal de la libertad*.
A. Labriola, *Los límites del sindicalismo revolucionario*.

A destacar que en muchos casos, en los folletos, las ediciones fueron muchas y los ejemplares difundidos también. Pero esto se refiere más bien a los textos de Gori, Merlino o Cafiero, y en algún caso Fabbri. Contrasta este hecho con la relativa abundancia de libros, no ya folletos, de Labriola, Leone y el mismo Fabbri. Por su parte, de Malatesta, entre 1889 y 1914, se tradujeron, al menos, seis obras distintas, la práctica totalidad de folletos de agitación y propaganda: *Entre campesinos*, *En el café*, *La Anarquía*, *El sufragio universal*, etc., todos ellos con numerosas ediciones y grandes tiradas.

6. A modo de conclusión

Me ha interesado destacar, sobre todo, dos cuestiones. En primer lugar, el peso en España del modelo sindical surgido alrededor de la Primera Internacional. En segundo lugar, las limitaciones de la presencia directa del sindicalismo revolucionario francés en España, al menos inicialmente, así como las reticencias del anarquismo respecto del mismo. También, un poco de pasada, la relativa importancia del conocimiento del caso italiano, tema éste muy marginado por la historiografía del movimiento obrero en España. Ahora bien, todo esto no niega la importancia del llamémosle sindicalismo revolucionario español ya en 1910-1912 y, como es bien sabido, a partir de 1918-1919. Simplemente, incide en una serie de consideraciones que deberían ser muy elementales: ni la CNT derivó de la actuación del

anarquismo de principios de siglo, ni fue, doctrinalmente, el producto del sindicalismo revolucionario francés. Ello, a pesar de la incidencia, cierta, de actitudes anarcosindicalistas como las de José Prat o Ricardo Mella. Su construcción se produjo alrededor de una nueva generación militante que iba a configurarse como anarcosindicalista desde la experiencia sindical en unos años de crisis política acusada del régimen y cambios estructurales en la población obrera. El sindicalismo revolucionario español fue muy poco el producto de reflexiones teóricas o influencias doctrinales y tuvo, en cambio, mucho que ver con una situación en la que el movimiento sindical, a falta de otros instrumentos, iba a adquirir un máximo protagonismo como eje articulador fundamental de la clase obrera.

De todas formas, y se trata de otra cosa distinta, debe constatarse la gran importancia de una cultura obrerista de base sindical, construida a partir de elementos conceptuales fundamentalmente ochotristas: afirmación de una identidad de clase; esperanza en las capacidades de actuación propia al margen de ayudas externas; cooperativismo y mutualismo que debían asegurar la estabilidad y continuidad del movimiento; en fin, enseñanza y autodidactismo a interrelacionar con una cultura más amplia de raíz republicana y librepensadora.

La difusión de la consigna de la huelga general en España no alteró demasiado las cosas. Fue vista como una forma de agitación movilizadora y tuvo aquí' muy pocos desarrollos teóricos importantes. Fue, como digo, una consigna y, muy poco, un concepto a explicar o discutir. En Francia, primero se había establecido una relación, elemental si se quiere, entre huelga general y revolución social (Tortellier); después, con mucha mayor complejidad, apareció ya la conexión con la cultura mutualista y las esperanzas en la configuración de un hombre nuevo (Pelloutier), sin olvidar la posibilidad de actuar como alternativa, a largo plazo, a la lucha electoral defendida por los partidos socialistas (Pouget, Griffuelhes); hubo, asimismo, el intento de una reasunción ordenada y controlada del concepto (Jaurès) y, por último, la explicación de sus caracteres míticos, con capacidad para provocar la unificación de la clase obrera (Sorel). Evidentemente, nada de esto puede encontrarse en España. Aquí, en la práctica, la huelga general acostumbraba a ser la manera de intentar dar forma y perspectiva a explosiones sociales desordenadas y puntuales. Al mismo tiempo, en otros muchos casos, servía a los anarquistas para resolver su incomodidad ante el esfuerzo sindical cotidiano.